

HAY QUE MATAR EL ODIO
Funerales de don Edmundo Pérez Z.

10 de junio de 1971

*Homilía en Misa fúnebre del asesinado ex Vicepresidente de la República y ex
Ministro de Estado, Sr. Edmundo Pérez Zujovic.*

Hermanos:

Hoy venimos a este templo con el alma transida de dolor. Junto a nosotros yacen los restos exánimes del amigo leal y sacrificado. Del hombre público, enérgico y justo. Del esforzado e inteligente creador y dirigente de empresas. Del ciudadano honesto y consciente de sus deberes cívicos. Del padre de familia amante y ejemplar. En una palabra: del cristiano sincero. Del hombre convencido de su fe y que la ha vivido con generosa entrega, con noble dedicación y sacrificio.

Ha muerto Edmundo Pérez Zujovic, traspasado por las balas enemigas. Su cuerpo, como emblema de la patria en campo de batalla, ha sido acribillado por el odio de sus adversarios.

Junto a los suyos, que lo lloran inconsolables, la patria entera se estremece y gime horrorizada.

Pocas veces hemos gustado tanta amargura. La muerte es siempre amarga; también lo ha sido para el Hijo de Dios. El asesinato es más amargo, porque es la muerte del que muere y del que mata. Pero el crimen político desborda el cáliz de la amargura, porque es el triunfo del odio. Y el odio envenena y puede matar el alma de una sociedad.

Pocas veces hemos saboreado tanto esta amargura; pocas, pero nos parecen ya demasiadas. En menos de un año, dos hermanos nuestros, que dedicaron

su vida a servir a los demás, han caído sacrificados a una fría y calculada voluntad de destrucción. Dos veces; dos hombres; ¡ya es demasiado! Tenemos que matar el odio antes de que el odio envenene y mate el alma de nuestro Chile.

Estamos bebiendo, hoy, el mismo cáliz del Señor. También nuestra alma siente tristezas y angustias de muerte. Vemos levantarse ante nosotros, terrible y trágico, el fantasma de las luchas fratricidas. Nos parece como que las oscuras fuerzas del odio quieren conducir a nuestra patria a enfrentamientos irreconciliables, en que algunos ponen, como condición de triunfo, la destrucción de los otros.

Tememos -¡y ojalá nos equivoquemos!- que por el camino del odio y de los asesinatos, en lugar de construir una patria más justa y más acogedora para todos, nos encaminemos a la destrucción de los valores más nobles en Chile, y al fracaso de la más anhelada y esperanzada expectativa de nuestro pueblo: la justicia social.

Hoy, ante los restos mortales de un Ministro, como al nacer de la República, los chilenos tenemos que escoger nuevamente nuestro camino. Y en este momento la voz de la Iglesia se levanta amonestadora y suplicante, pidiendo a todos los hombres y mujeres amantes de la patria, que serenen sus ánimos; que no se dejen conducir por el odio; que, depuestas las antiguas querellas y unidos en un grande amor a Chile, construyamos su grandeza. Que haya paz entre hermanos; que encontremos, en el tesoro de nuestras más nobles tradiciones, caminos de convergencia nacional. Que nuestra más fuerte y hermosa realidad: ser una gran familia de hermanos, haga imposibles los brotes del odio.

Hermanos, todo se puede ganar con la paz. Todo lo que más amamos se destruirá ciertamente con el odio.

¡Es hora de despertar! En el mismo momento en que gustamos, con amargura, el cáliz del Señor, escuchamos también su reproche y amonestación: “¿No

han podido vigilar una hora conmigo? Velen y oren, para que no caigan en la tentación”.

Sí. Estamos expuestos a la tentación de la violencia. De buscar al margen de la ley, civil y natural, lo que sólo se encuentra respetándolas. Y es posible que esa tentación haya ganado en nosotros más terreno de lo que quisiéramos reconocer. Hoy sentimos que no podemos ceder a ella. Hoy se nos revela lo único que por ese camino se alcanza a lograr: la muerte personal y colectiva. El llanto que aquí nos sobrecoge es un signo del dolor de toda una nación. Lloramos el sacrificio cruel de uno de sus hijos, y la vergüenza de que una, dos veces, el odio haya podido desgarrarnos. Una y dos veces, también, vino el Señor a reclamar la presencia vigilante de sus discípulos, y los encontró dormidos, con sus ojos cargados de tristeza.

¿Necesitamos esperar una tercera llamada? ¿Nos haremos, también, acreedores a esa suave ironía del Maestro: “Ahora ya pueden dormir y descansar”? ¿Dejaremos que el Hijo del hombre, un solo hijo del hombre, un solo chileno más, sea entregado e inmolado en manos del odio?

¿No es hora de despertar y vigilar, de abrir los ojos y cuidar la patria como se cuida el propio hogar; como se cuidan la mujer amada y los hijos de ese noble amor, como se cuida lo que más se ama en la vida? ¿Hay alguna meta, algún plan, alguna medida que justifique y valga el sacrificio de un inocente, la angustia de una familia, el luto consternado de una nación?

“Vigilen y oren, para que no caigan en tentación. Porque el espíritu está pronto, pero la carne es débil.”

Por eso recogemos esta amonestación del Señor mientras celebramos esta Eucaristía. Su Carne vendrá para robustecer la debilidad de nuestra carne. Y su Sangre llenará este cáliz, hasta ahora rebosante de tristeza y angustia, para que aquí, entre nosotros, se reactualice el asombroso misterio de la Cruz. Esa Cruz en la que -como nos dijo el Apóstol- Jesucristo destruyó las barreras de los hombres, y dio muerte en su persona al odio.

En el nombre de Jesús, bajo el signo de su Cruz redentora, despedamos al hermano. Y en nombre del Señor, por amor a todos los inocentes, a todos los débiles, a las madres y niños de nuestra tierra; por amor a la patria toda, destruyamos definitivamente el odio, y edifiquemos la sociedad justa y fraterna, la familia que ha sido y será siempre Chile.

Así sea.